

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMÁTICA.

---

DUDAS

Y SOMBRAS,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

**EDUARDO NAVARRO GONZALVO.**

---

<sup>22</sup>  
MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	SRTA. RUIZ.
ALBERTO.....	SR. YAÑEZ.
DON JUAN.....	SR. FRAILE.
ENRIQUE.....	SR. VENEGAS.
UN CRIADO.....	SR. GALÉ.

---

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO ÚNICO.

---

Salon amueblado con lujo. En el fondo una puerta de cristales, que se supone da al jardín. Al lado de esta puerta, (derecha,) una ventana grande de cristales, practicable y cubierta con un rico cortinaje; á la izquierda de la puerta un pequeño armario-biblioteca, lleno de libros; en la pared, y sobre este armario, una panoplia con una escopeta de dos cañones y todos los útiles de caza. Puertas laterales, derecha é izquierda, cubiertas tambien por cortinajes. Un velador pequeño con un servicio de café, cerca del proscenio.

### ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, D. JUAN.

Aparecen entrambos sentados cerca del velador, tomando café. La cortina de la ventana está descorrida.

JUAN. (Encendiendo un cigarro.)  
Excelentes brevas!

ALB. Son  
las primicias de una caja,  
regalo de un buen amigo  
que regresó de la Habana  
hace muy poco.

JUAN.

El tabaco,  
siendo bueno, me entusiasma.

(Breve pausa: fuman: D. Juan consulta de pronto un reloj.)

¡Caramba! Las siete y media;  
á las ocho en punto pasa  
el tren por aquí...

ALB.

En efecto,  
y es muy breve la parada. (Pausa.)

JUAN.

(Como tomando una resolucíon.)  
Desde esta mañana admiro  
las plantas y flores raras  
que encierra vuestro jardín;  
vuestrós cuadros, vuestras armas,  
todo lo he visto y de todo  
hemos hablado. Mí marcha  
se aproxima y de negocios  
no hemos dicho una palabra.

ALB.

(Distraído.) Es la verdad!

JUAN.

Nuestro amigo  
don Cárlos de Santa Olalla,  
en una atenta misiva  
me suplicó visitara  
á usted en su posesion  
para asuntos de importancia.  
Recibí una carta ayer,  
tomé el tren esta mañana  
y vine, pero á las ocho  
abandono esta morada,  
porque urgentes atenciones  
en la córte me reclaman.  
Conque si á usted le parece...  
Me inspira usted confianza...  
tiene usted bello carácter,  
talento...

ALB.

JUAN.

Un millon de gracias!  
¡Ea, el abogado escucha  
despues de apurar su taza.

(Apuran las tazas y aproximan las sillas. Pausa breve.)

ALB.

(Con mucha tranquilidad.)  
Yo deseo separarme



ALB.

Perdonad.

Perdí un instante la calma!

JUAN.

Una explicacion sucinta  
y en detalle, de las causas  
en que apoyarnos debemos  
para entablar la demanda,  
es cuanto yo necesito...

ALB.

Está bien. Va usted á escucharlas.

(Se recoge por un momento y dice con fria expresion y mucha naturalidad.)

Hace ocho años, el lazo  
matrimonial enlazaba  
dos amantes corazones  
del santo altar en el ara;  
el mio y el de María.

Entónces... ¡ella me amaba!  
Dos años más tarde, un hijo  
vino á alegrar nuestra casa.

Hoy esa niña es el lazo  
que aún á la tierra me ata.  
¡La quiero tanto!... Prosigo,  
la narracion comenzada.

Un dia, hace ya dos meses,  
hallábame yo de caza,  
que es mi pasion favorita  
y mi diversion más grata,  
cuando al caer de la tarde  
noté en mí una cosa extraña  
y una horrible postracion  
que mis fuerzas enervaba.

¡Sentía sobre mi frente  
el peso de una montaña!

Sin duda el calor del dia,  
lo largo de la jornada,  
no lo sé; llegué; mi esposa  
me sirvió un vaso de agua  
que pedí, besé la niña  
y me dirigí á esta sala.

Entré; triste y soñoliento  
me tendí en una butaca,  
—en aquella.— Á poco rato  
observé que se acercaba

mi María; unos instantes  
me miró, cual si tratara  
de asegurarse si yo  
dormía... por no inquietarla  
fingí dormir, sin decirle  
de mi mal ni una palabra,  
y con recatado paso  
la ví abandonar la estancia.  
No sé si sueño ó letargo  
mis sentidos dominaba,  
ni cuántas horas pasé  
tendido en esa butaca;  
sólo al despertar, recuerdo  
que un rayo de limpia plata  
vino á quebrarse en mis ojos.  
Era la luna que entraba  
á través de esos cristales;  
me levanté, á la ventana  
me dirigí y al jardín  
tendí la ansiosa mirada:  
era una noche apacible,  
serena, diáfana, clara;  
el limpio azul de los cielos  
mil estrellas matizaban,  
y ni una nube importuna  
con sus encajes velaba  
el fulgor del astro hermoso  
de la noche. ¡Quién pensara  
que en noche tan apacible  
mis pesares comenzáran!  
De pronto, en rústico banco  
distingo una forma blanca  
que se mueve... ¡era mi esposa!  
á su lado en dulce plática  
estaba un hombre... era Enrique...  
un jóven que frecuentaba  
á título de vecino  
y de amigo nuestra casa!  
Contemplo absorto la escena.  
Suenan las diez, se levantan  
y juntos hasta la verja  
llegan del jardín, se paran,

tiende su mano María,  
avaro el doncel la guarda  
entre las suyas; la luna  
mi desventura alumbraba!  
Despues... hácia sí la atrae,  
en dulce abrazo la enlaza,  
y un beso en su frente impura  
sus labios de fuego estampan...  
¡Y ella ni grita ofendida,  
ni furiosa le rechaza,  
ni al torpe halago se opondre,  
ni el rostro culpable aparta!...  
Temblé... me apoyé en los vidrios  
y quedé como una estatua!

JUAN.

¡Vió usted á los dos!

ALB.

¡Si los ví?

JUAN.

¿Está usted seguro?

ALB.

El alma

testificó en su agonía  
lo que mis ojos miraban!

JUAN.

Continuad!

ALB.

Partió el hombre,  
y ella retornó á la casa  
pensativa, ábsorta, triste,  
y con insegura planta  
entró aquí otra vez. Ahogué  
dentro del pecho la rabia,  
y ni un gesto, ni un gemido  
revelar pudo á la ingrata  
de mi pobre corazon  
las mal comprimidas ansias.

JUAN.

Y despues?

ALB.

Al otro dia  
con nosotros almorzaba  
mi odioso rival...

JUAN.

¡Y entónces  
sorprendió usted acaso?...

ALB.

Nada!

ni una frase, ni un descuido  
que su pasion revelára!

JUAN.

Quizá la noche anterior  
ofuscado...

ALB. (Interrumpiéndole.) Por desgracia,  
lo que allí mis ojos vieron  
fué la realidad amarga.  
Quedamos solos: mi brazo  
enlacé al suyo y temblaba;  
la miré, miróme ella,  
y con reposada calma  
la dije con blando acento:  
«María, sé que me engañas!»

JUAN. Y ella?

ALB. Me escuchó anhelante,  
quedó densamente pálida  
y calló.—«No lo negueis,»  
—continué.—«Enrique os ama,  
y vos le amais! Os he visto  
en sus brazos...»

JUAN. Y ella?...

ALB. Calla,

y ansiosamente me mira  
con el espanto en la cara.  
«Anoche, junto á la verja,  
os acordais?...» Una lágrima  
bañó sus hermosos ojos,  
y no dijo una palabra!  
«Ya sé lo que debo hacer,»  
proseguí; «de vuestra falta  
quiero ahorraros la vergüenza  
porque la vergüenza mata!  
¡Tengo un hijo; que él ignore  
que así su madre le infama!...  
Vuestra confesion escrita  
vais á darme; será el arma  
que sobre vos suspendida  
me garantice el mañana;  
y, ¡ay! si me obligais un dia  
por vuestras culpas á usarla!  
¡Escribid!» Se resistía,  
la hice sentar, áun dudaba,  
la dí el papel y la pluma...

JUAN. ¿Y escribió?

ALB. ¡Vea usted su carta!

JUAN. ¿La obligó usted!

- ALB. La obligué:  
ella escribió; yo dictaba.
- JUAN. (Leyendo.) «Alberto, no puedo ni debo resistiros; me obligáis á confesar, y lo haré; soy culpable; os he engañado vilmente; Enrique Guzman es mi amante; indigna de perdón, pidoos tan sólo indulgencia, misericordia. María.»
- ALB. Guardadla como la prueba mejor de nuestra demanda.
- JUAN. Pero esta carta es tan sólo una especie de fianza para el porvenir.
- ALB. Es cierto...
- JUAN. Una constante amenaza...
- ALB. Para eso la quise.
- JUAN. Y bien, pues no puede usted usarla como prueba...
- ALB. Eso sería si la adúltera malvada motivos no hubiese dado desde entónces!
- JUAN. ¡Ah!...
- ALB. Me engaña; subsisten las relaciones, no han cesado, y mi venganza, quiero decir, mi justicia, va á comenzar.
- JUAN. Dos palabras, y ahora no es el abogado, es el amigo quien habla; respecto á *el* yo supongo que usted castigue...
- ALB. Las armas decidirán la cuestion; le haré ese honor, que las manchas del honor el hombre honrado con sangre sólo las lava! Mas esto á mí solo atañe.
- JUAN. Tiene usted razon! Y se halla ese hombre aquí?

- ALB. Partió.  
JUAN. Dónde?  
ALB. No sé; pero en las entrañas  
de la tierra sabré hallarle.  
Quiere usted algo más?  
JUAN. No, nada...  
ALB. Y bien, puede usted encargarse  
de este asunto?  
JUAN. Sí!  
ALB. (Levantándose y estrechándole la mano.)  
¡Mil gracias!  
Le dejo á usted un instante;  
voy á reemplazar la bata  
por la levita, y saldremos  
juntos.  
JUAN. ¡Para qué? Cercana  
está la estacion...  
ALB. No importa.  
JUAN. Á qué es molestarse...  
ALB. Nada...  
vuelvo en seguida!  
JUAN. Aquí espero.  
(Váse Alberto.)  
¡Pobre jóven... quién pensara!...

## ESCENA II.

D. JUAN, á poco MARÍA.

- JUAN. ¡Y parece un hombre honrado,  
un perfecto caballero!  
¡Oh, la mujer, la mujer,  
ángel con alas de fuego,  
que hasta el cielo se remonta  
ó se revuelca en el cieno!  
MARIA. (Precipitadamente y con ansiedad.)  
Caballero...  
JUAN. (¡La culpable!)  
Señora... (Yéndose.)  
MARIA. ¡Oh... deteneos! (Le detiene.)  
¿Usted ha aceptado un encargo  
de mi marido?...

- JUAN. No acierto...
- MARIA. Alberto quiere el divorcio,  
la separacion...
- JUAN. Yo siento...
- MARIA. Usté, abogado y amigo  
se encargará de este pleito,  
¿no es verdad?...
- JUAN. ¡Si usted lo sabe!...
- MARIA. Luego es así?
- JUAN. No lo niego.
- MARIA. ¡Oh!... Don Juan, pero es preciso  
que usted se niegue...
- JUAN. No puedo  
complacer á usted, señora;  
ya dí mi palabra.
- MARIA. Pero  
es que usted lo ignora todo,  
y hay un horrible secreto,  
una razon harto grave  
que lo impide!
- JUAN. Será cierto;  
pero al ménos, si es posible  
que yo la sepa...
- MARIA. Al momento,  
mi marido...
- JUAN. Acabe usted...
- MARIA. Está loco!
- JUAN. ¡Loco! ¡Cielos!  
será verdad ¿Y las pruebas?  
porque no acierto á creerlo  
sin las pruebas: yo le he visto  
tranquilo, grave, sereno,  
y sin que el menor indicio  
denuncie ese mal funesto.
- MARIA. ¡Luego usted piensa que yo  
soy culpable?...
- JUAN. Nada pienso,  
pero...
- MARIA. Si usted me escuchara!
- JUAN. Hable usted. La escucho atento.
- MARIA. Y sé de memoria, todo  
cuanto á usted ha dicho Alberto...

JUAN. ¡Sí!...

MARIA. Mas debo declarar,  
ante todo, y lo primero,  
que es el mejor de los hombres,  
el más generoso y bueno,  
y que yo le amo, le amo!

JUAN. Bien, señora, comencemos.

MARIA. Esa enfermedad cruel  
que me ha robado su afecto  
apareció de repente  
brusca, inesperada; aún tiemblo  
al recordar de aquel día  
los malhadados sucesos!

JUAN. Si usted quisiera explicarme...  
á la ciencia de Galeno  
no soy profano, y tal vez...

MARIA. ¡Oh fortuna, es usted médico?

JUAN. Aficionado no más;  
aunque he estudiado, no ejerzo.  
Prosiga usted.

MARIA. Há dos meses,  
poco más ó ménos,  
dice Alberto, y asegura,  
¡terrible alucinamiento!  
que en el jardín una noche  
y junto á la verja...

JUAN. Eso  
me ha referido, que un hombre...

MARIA. ¡De pensarlo me estremezco!  
En lazo impuro y traidor  
me estrechó contra su pecho  
y yo no le rechacé!...

JUAN. Eso afirma don Alberto!

MARIA. ¡Oh, señor, aquella noche,  
se lo juro por el cielo,  
bajé al jardín, pero sola,  
sin que ese maldito encuentro  
exista más que en la mente  
de mi esposo!

JUAN. Sí? (Indaguemos.)  
Antes de salir de aquí,  
no observó usted con empeño

si su marido dormía  
en esa butaca?

MARIA. Cierto.

JUAN. Y para qué?...

MARIA. Solamente  
con el natural deseo  
que al jardín me acompañase  
si se encontraba despierto.

JUAN. Y... le encontró usted dormido?...

MARIA. Me lo pareció á lo menos.

JUAN. Siga usted.

MARIA. Cuando de vuelta  
de aquel nocturno paseo  
regresé, le ví asombrado,  
muy pálido y algo serio...

JUAN. Y nada dijo?

MARIA. No, nada.

JUAN. Conformes. (Qué será esto?)

MARIA. Al otro día almorzaba  
en casa un amigo nuestro,  
don Enrique de Guzman.

JUAN. ¿Un vecino...

MARIA. Y compañero  
asíduo, de juego y caza,  
de mi marido. El almuerzo  
fué breve; pero observé,  
con extrañeza y con miedo,  
que Alberto nos expiaba  
por primera vez; los celos,  
con relámpagos de ira,  
dejáronme ver su fuego  
en el cristal de sus ojos,  
ántes dulces y serenos!  
¡Confieso que me aterró  
ante aquel descubrimiento!  
Solos ya... ¿Qué he de deciros  
que no adivineis! Frenético,  
fuera de sí, ¡qué de insultos  
y terribles improperios  
me prodigó! Temblorosa,  
sin voz, casi sin aliento,  
escribí una carta horrible

- que me exigió!
- JUAN. Fué mal hecho:  
que es imprudencia harto grave  
escribir tales conceptos  
en una mujer.
- MARIA. Don Juan,  
en semejante momento  
hubiera yo escrito más  
si más me dicta! Que al verlo  
me pareció que la vida  
se escapaba de su pecho!
- JUAN. (¿Será inocente?) Y Enrique  
desde aquel dia no ha vuelto  
á la quinta?
- MARIA. No!
- JUAN. Y usted  
de su extraño alojamiento  
sabe acaso?...
- MARIA. Sí, yo misma  
se lo supliqué, temiendo  
alguna desgracia.
- JUAN. ¡Ah!...  
Y podré saber el medio  
que usted se valió, señora,  
si no es pecar de indiscreto,  
para el caso?
- MARIA. Revelarle  
á Enrique el fatal secreto  
no me pareció oportuno.  
Él tenía mucho tiempo  
descuidados sus negocios  
en la córte; mis consejos  
se redujeron tan sólo  
á que se ocupase de ellos  
y partiera.
- JUAN. Y... partió?
- MARIA. Sí.
- JUAN. Y sospechó?...
- MARIA. No lo creo.
- JUAN. De manera que él ignora  
cuanto pasó?
- MARIA. Por completo.

- JUAN. Ni nada sabe tampoco  
de la enfermedad de Alberto?
- MARIA. Nadie mas que usted y yo  
la conocemos!
- JUAN. ¿Qué objeto...
- MARIA. De ocultarla? Mi marido  
tiene intereses inmensos  
á su cargo como agente  
de negocios, y...
- JUAN. Comprendo...  
y si esto se divulgase...
- MARIA. La ruina!
- JUAN. (Esto es muy serio!)  
¿Y usted afirma que es  
inocente?
- MARIA. (Ofendida.) Caballero,  
¡lo he dicho ya!
- JUAN. Mil perdones!  
(En conjeturas me pierdo!) (Breve pausa.)
- MARIA. Podré esperar que el amigo  
atienda á un humilde ruego?
- JUAN. Señora... veré otra vez  
á su esposo... y yo la ofrezco...  
(Arroja el abrigo sobre una silla.—A parece un  
Criado con una tarjeta.)

### ESCENA III.

DICHOS, el CRIADO.

- CRIADO. Señora.
- MARIA. ¿Qué...
- CRIADO. Esta tarjeta  
han traído hace un momento.
- MARIA. ¡De Enrique!
- JUAN. Ha llegado...
- MARIA. Sí!...
- CRIADO. Y envía ese caballero  
á decir que muy en breve  
vendrá á ofrecer sus respetos  
á la señora.

- MARIA. Bien, vete. (Váase.)  
¡Qué terrible contratiempo!
- JUAN. ¡Va á venir?
- MARIA. (Turbada.) Yo no sabía,  
ni esperaba su regreso!  
Qué va á pasar, cielo santo,  
entre los dos? Me estremezco.  
Hoy he notado en la voz,  
en la actitud, en el gesto  
de mi marido, los síntomas  
de la crisis...
- JUAN. No comprendo...
- MARIA. Cuando está más razonable,  
más tranquilo, más sereno,  
sobreviene como un rayo  
ese lamentable acceso;  
y anoche, como otras veces,  
padeció un calor intenso,  
otra señal precursora  
del ataque!
- JUAN. (Será cierto?)
- MARIA. No nos abandone usted,  
por piedad!
- JUAN. Sí, sí... me quedo!
- MARIA. ¡Oh, gracias!
- JUAN. (Veré á los tres  
reunidos!)
- MARIA. Que premie el cielo  
tanta bondad; gracias, gracias! (Váase.)
- JUAN. (¡Si yo aclarase el misterio!)

## ESCENA IV.

D. JUAN, ALBERTO.

- ALB. . Estoy listo!  
(Invita á D. Juan á que salga delante.)
- JUAN. Mil perdones,  
pero esta hospitalidad,  
desearía... la verdad...  
prolongarla.
- ALB: (Asombrado.) (¡Qué intenciones

serán las tuyas?) Me ajusto  
en todo á vuestro capricho.

JUAN. Si molesto...

ALB. ¡Quién ha dicho  
cosa tal?... Es de mi gusto  
vuestra permanencia aquí.

JUAN. Quiero que hablemos mañana...

ALB. (Sonriendo.)

¡Comprendo... la empresa es vana!

JUAN. ¿Está usted resuelto?

ALB. Sí.

JUAN. ¿En cuanto al lance...

ALB. También!

Tras de la separacion  
sabr  hallar mi corazon  
de la venganza el eden:  
que roto el cristiano lazo  
que hoy nos une, se amar n  
tranquilos y se verán!...  
¡le matar  en su regazo!

JUAN. ¡Quién sabe! La suerte sola  
decide   veces; quizá...

ALB. Descuidad... no escapar   
del ca n de mi pistola.  
Dir  usted, y yo convengo,  
que es sobrada confianza  
tener tan loca esperanza...  
y sin embargo... la tengo!

JUAN. Además, el interés  
para mí recomendable  
de averiguar si es culpable  
vuestra esposa...

ALB. ¡S  lo es!

Yo ese interés, claro está.  
le agradezco á usted en el alma;  
obs vela usted en calma  
y usted se convencer !

JUAN. Tal vez mis dudas explique,  
pues aún abriga mi mente  
al mirarla frente   frente  
de Enrique...

(Desde este momento, D. Juan observa con mo.

eha fijeza y atencion á D. Alberto, estudiando sus ademanes, voz, etc.)

ALB. ¿Cómo de Enrique?

Pues no recuerda usted ya que no está en el pueblo; ha huido.

JUAN. No estaba... pero ha venido...

ALB. ¿Ha venido?... ¿Dónde está?...

JUAN. Su tarjeta ha remitido...

ALB. ¿Y que el infame se atreva!...

¿Y quiere usted otra prueba de que éntrambos me han vendido!

JUAN. ¡Oh! la tarjeta en cuestion nada prueba.

ALB. ¿Cómo no?

¿Y quién lo asegura?

JUAN. Yo

que la he visto!

ALB. Corazon,  
por qué cobarde has cesado  
de latir? ¡Infausta suerte!...  
Vive, no me des la muerte,  
vive, que no estoy vengado!...

JUAN. Calma.

ALB. De horrible sufrir  
ahogándome está la hiel!...

(Sube á la ventana como para aspirar ambiente más puro: al lanzar su mirada hácia el jardin retrocede espantado.)

¡Dios de justicia!... ¿No es él!

¡Oh, traidor! ¡Vas á morir!

(Se dirige con rabia á la panoplia, D. Juan le detiene.)

JUAN. Tened...

ALB. No! ¡Cuál se apresura!

¡Y por su suerte fatal  
de esa puerta en el umbral  
va á encontrar la sepultura!

JUAN. (Que ha mirado por la ventana.)

¡Guzman de Perales?...

ALB. ¡Oh...

le conoceis?

JUAN. Compañero

- de colegio ha sido, y quiero...  
ALB. ¡Conque es vuestro amigo!  
JUAN. No!  
ALB. ¡Usté encontrará razon  
que disculpe al ruin villano!  
¡Si es su amigo!...  
JUAN. (Tendiéndole los brazos.) ¡Usté es mi hermano,  
mi hermano del corazon!  
ALB. (Abrazándole conmovido.)  
¡Perdon! ¡Estalló el volcan  
y me abrasaron los celos!  
Tendré calma! (Sollozando.)  
JUAN. (¡Llega!)  
ALB. Cielos!...  
ENR. (En la puerta del foro.)  
Señores!...  
ALB. (Serenándose por un esfuerzo supremo se vuelve  
á él y le tiende la mano sonriendo.)  
¡Hola, Guzman!

## ESCENA V.

DICHOS, ENRIQUE.

- ENR. Héme de regreso al fin,  
y mi visita primera  
es á usted, mi caro amigo!  
ALB. No sé yo cómo agradezca...  
ENR. ¡Y la señora?  
ALB. María?  
ENR. Perfectamente!  
Tan bella,  
y tan dulce, y tan amante  
con su esposo!  
ALB. Es una perla...  
ENR. ¡Y la niña?  
ALB. Con la madre.  
ENR. Tan linda, tan pizpireta,  
tan graciosa...  
ALB. Gracias!  
ENR. ¡Oh,  
ya estoy anhelando verlas!  
ALB. Sin duda por ese anhelo

no reparó usted siquiera  
en un conocido antiguo...

(Mostrando á D. Juan.)

ENR. Mi memoria no recuerda...

¿Este caballero...

ALB.

Es

don Juan Gomez y Ledesma...

ENR. ¡Es verdad! ¡Querido Gomez!

JUAN. Aprieta, Enriquillo, aprieta!

ENR. ¡Diez años sin verte!

JUAN.

Sí,

que es mayúscula la fecha!

ENR. No era fácil conocerte!

ALB.

Puesto que ustedes se encuentran  
como en su casa, dispensen  
unos momentos de ausencia.

Quiero dar á mi mujer  
una agradable sorpresa,  
noticiándola el regreso  
de usted...

ENR.

Pero tal molestia...

ALB.

(Riendo.) Molestia? No sea usted tonto,  
hasta luégo!

ENR.

Adios!

JUAN.

¿Qué cuentas?

## ESCENA VI.

ENRIQUE y D. JUAN.

ENR. Bien poco, chico, tú en cambio  
ya sé que subes, progresas  
por tu talento!

JUAN.

¿Me embromas?

ENR.

Hombre, si toda la prensa  
te llama el jurisconsulto  
eminente, la lumbrera  
de nuestro foro! De lejos  
yo te admiraba!

JUAN.

Bien, deja  
las bromas á un lado.

ENR.

¿Bromas!

- Repito que hablo de veras.  
JUAN. ¿Te has casado?  
ENR. ¡Nunca!...  
JUAN. No?  
ENR. Eso me horripila!  
JUAN. ¡Ea,  
que te hablo formal!  
ENR. (Riendo.) Y yo!  
JUAN. Y... piensas hacerlo?  
ENR. (Con seriedad cómica.) Es fuerza.  
Tengo una prima muy rica,  
que es un ángel de belleza,  
murmuran que somos novios,  
y la familia se empeña...  
¡Compadéceme!  
JUAN. Muy bien,  
hay que sentar la cabeza.  
Dí, hablando de otra cosa,  
qué tal la familia esta?  
ENR. ¿La de don Alberto?  
JUAN. Sí.  
ENR. Pues no es tu amigo?  
JUAN. Ahora empieza  
por ser cliente.  
ENR. ¿Algun pleito?...  
JUAN. Sí, nada, una bagatela.  
¿Le conoces hace mucho?  
ENR. Dos años; la primavera  
anterior, como vecinos  
intimamos; su franqueza  
estrechó las relaciones...  
JUAN. ¿Y es un caballero?...  
ENR. En regla:  
noble, digno, dulce, afable.  
JUAN. (¡Le elogía!)  
ENR. Sus bellas prendas  
le granjean el aprecio  
y la estimacion sincera  
de cuantos le tratan.  
JUAN. Sí?  
y ella?  
ENR. ¿La señora? Esa

un modelo de virtudes,  
casta esposa, madre tierna,  
amiga dulce y afable;  
toda una dama perfecta!

JUAN. (Sonriendo con malicia.)  
Te expresas con un calor!...

ENR. No pronuncies una ofensa,  
es una santa!

JUAN. Me alegro!  
(¿Qué pensar?) Por su modestia,  
su ameno trato, y su rostro,  
ya me pareció que era  
cual tú la pintas!

ENR. Silencio,  
la venturosa pareja  
se acerca á encontrarnos.

JUAN. Sí...  
(¿Será posible que mientan?)

## ESCENA VII.

DICHOS, ALBERTO y MARÍA.

ALB. Ya tienes, amiga mia,  
á Enrique de vuelta.

MARÍA. Sí?...

ENR. Señora...

MARÍA. Enrique...

ALB. (¡Cuál fingien,  
y cuán inútil fingir!)

ENR. Libre al fin de los negocios  
enfadosos que en Madrid  
me retuvieron, hoy torno  
de nuevo otra vez aquí.

ALB. Si ustedes gustan, la tarde  
es espléndida, el jardín  
convida con dulces brisas  
y aromas á discurrir  
por sus calles solitarias.

MARÍA. Vamos... (Ofreciéndole el brazo.)

ALB. Yo no puedo ir,  
tengo que hablar un momento

- con don Juan.
- MARIA. (Sentándose.) Entónces...
- ALB. (Haciéndola levantarse). Id  
vosotros, yo iré á encontraros  
muy en breve.
- ENR. (Ofreciendo su brazo á María.) Siendo así,  
si á usted le place...
- MARIA. Bien, vamos...
- (¡Temblando estoy!)
- ALB. (¡Oh, mi ardid  
los pierde )
- ENR. Vamos?...
- MARIA. (Á Alberto.) No tardes!
- ALB. ¡Bah, no os inquieteis por mí!
- JUAN. (¡Qué proyecta?) (Váanse.)
- ALB. ¡Miserables!!
- ¿No quiere usted inquirir  
la secreta inteligencia  
que los une? En el jardin  
hay enramadas sombrías,  
la noche en breve, á cubrir  
va con su manto de sombras  
la tierra; solos allí  
su corazon imprudente  
los venderá, y su deslíz  
podrá usted escuchar oculto,  
sin ser visto...
- JUAN. Por San Gil,  
me convierte usted en espía,  
que es el papel más ruin...
- ALB. ¡Quién sabe si su inocencia  
podrá usted probar así!
- JUAN. Me repugna!
- ALB. Bien, entónces  
no trate usted de impedir  
que cumpla yo este deber,  
que es para usted tan ruin!
- (Coge un par de pistolas de la panoplia, las exami-  
na friamente y se las guarda.)
- Cargadas: perfectamente.
- ¡Oh, si llego á percibir  
una frase enamorada,

alguna caricia vil,  
ruegue usted á Dios por entrambos,  
que los dos van á morir!

JUAN. Don Alberto...

ALB. Todo inútil!

JUAN. Si usted se engañase al fin!...

ALB. Yo sorprenderé en sus ojos  
la dicha que ya perdí;  
y en vano ocultar querrán  
lo que anhelo discurrir,  
que las flores del amor  
sus cálices al abrir,  
por los pétalos enseñan  
las ansias de la raíz! (Váse corriendo.)

JUAN. ¿Estará loco... ¡Adivino  
en su horrible frenesí  
no sé que vago desórden...  
¡Oh, yo debo prevenir  
á María! ¡Y si es culpable?  
¡No sé que hacer, pésia á mí!

(Se acerca á la ventana y observa con ansiedad.)

Los busca... sigue sus huellas  
con una ansiedad febril...

Allí están... ¡ya los ha visto...  
se oculta tras ellos... ¡si!...

¿Qué va á suceder, Dios mio,  
si es verdad que hay un desliz!

Le han visto sin duda... vienen  
con paso breve hácia aquí!...

Parece que huyen de Alberto...

¿Tendrán razon para huir!...

Procuremos evitar  
algun suceso infeliz!

(Váse precipitadamente foro derecha. Aparecen por  
el foro izquierda Maria y Enrique.)

ENR. Hemos llegado!

MARIA. (Dejándose caer en la butaca.) ¡Ay de mí!

## ESCENA VIII.

ENRIQUE, MARÍA.

MARIA. ¿Le vió usted? ¡nos espiaba!

- ENR. ¡Fatal alucinacion!  
Tras esa revelacion,  
señora, que no esperaba,  
aseguro á usted en conciencia  
que no me hubiese movido  
del sitio, que hubiese oido...
- MARIA. He temido una violencia.  
¡He sufrido tanto!
- ENR. ¡Y lejos  
todo este tiempo de usted!  
Mi amistad, mi buena fe,  
mi cariño y mis consejos,  
quizá hubieran conseguido  
las sospechas ahuyentar  
y las sombras disipar  
que su mente han invadido.  
¿Por qué usted no me llamó,  
y á mi amistad noble y pura  
tan horrible desventura,  
pena tal, no confió?
- MARIA. Contra el rudo padecer  
con que hoy la suerte me inmola,  
he querido luchar sola,  
lo quiero!
- ENR. ¡Pobre mujer!  
(Enrique, apoyado sobre el respaldo de la silla en  
que está sentada y sollozando María: brevisima  
pausa. Aparece en el foro D. Juan. Al verle, En-  
rique corre hácia él; María se levanta.)

## ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN.

D. Juan los contempla un instante en silencio.

- JUAN. (¡Juntos! Estoy indeciso.)  
ENR. La situacion es muy grave,  
ayúdanos, Juan...  
JUAN. (Á María, con gravedad toda la escena.)  
¿Ya sabe  
don Enrique?...

- MARIA. Fué preciso  
mi secreto revelar,  
pues que importaba al señor.
- JUAN. Hubiera sido mejor  
sin duda alguna callar!
- MARIA. ¡Cree usted quizás?...
- ENR. En su espanto  
temió por él y por mí,  
y el secreto sorprendí  
entre raudales de llanto.
- MARIA. ¡Ni á qué ocultar mi afliccion  
si mañana por mi mal,  
tal vez ante el tribunal  
nos una esta acusacion!
- JUAN. Señora...
- ENR. No tengais miedo,  
mi amigo es noble y honrado.
- MARIA. De mi honradez ha dudado,  
¿duda quizá!
- ENR. No, no puedo  
creer que Juan... ¿No la has oído?...  
¡Dila tú que se ha engañado,  
habla!...
- JUAN. Soy el abogado...
- ENR. Suyo...
- JUAN. (Con fría dignidad.) No; de su marido!
- MARIA. Basta. Mi nombre, mi fama,  
mi honor, mi joya querida,  
el secreto de mi vida  
y cuanto aprecia una dama,  
de la paz corriendo en pos,  
todo á usted se lo fié,  
y pues me rechaza usted,  
me acojo al favor de Dios.  
Enrique, de esta mansion  
do la desgracia se anida,  
parta usted, parta en seguida  
sin odio en el corazon!
- ENR. Perdone usted que la exija  
garantías al marchar.  
¡Y qué hará usted aquí?...
- MARIA. ¡Llorar,

ENR. y vivir para mi hija! (Váse )  
De su pena eres testigo  
y tu compasion no alcanza?

JUAN. (Mirando al fondo.)  
Llega Alberto... ¡Oh, qué esperanza  
de salvacion! Ven conmigo!  
(Dice los dos últimos versos como asaltado por una  
idea feliz, y váse, remolcando á Enrique, por la iz-  
quierda.)

## ESCENA X.

ALBERTO.

Ha anochecido completamente.

No, tampoco están aquí!  
En vano los perseguí,  
los viles me conocieron  
y estremecidos huyeron,  
cual fantasmas ante mí!  
Fiero temblor me domina.  
¡Qué oscuridad! Se avecina  
la noche con su capuz!  
¡Luz!

(Agita violentamente la campanilla y se presenta  
el criado.)

CRIADO. ¡Señorito...

ALB. Una luz!

(Sale y entra en seguida con un quinqué, que  
deja sobre la consola.)

CRIADO. Aquí está ya!

ALB. ¡Esa cortina!

(El Criado cierra herméticamente las cortinas de  
la ventana y sale.)

Contemplo mi honor perdido  
cual sombra impalpable y vana,  
lanzando eterno gemido  
en los vidrios esculpido  
de esa maldita ventana.  
Y no la quiero mirar  
la deshonra al recordar  
que pude tras ella ver,

y la miro á mi pesar  
y gozo en mi padecer!  
¿Quién es dueño de sí mismo!  
¿Qué voluntad no decae  
si es débil el organismo,  
y quién no mira al abismo  
aun sabiendo que le atrae!  
Do quiera inertes despojos  
de un pasado que fascina  
contemplo en tristes enojos!  
¿Cómo entre tanta ruina  
conservo enjutos los ojos!  
¿Es que ya no sé llorar!  
¿Es que mi llanto endulzar  
pudo la hiel de mi labio,  
ó es que el fuego del agravio  
pudo el llanto evaporar!

(Se deja caer abatido sobre la butaca y oculta la cara entre las manos. D. Juan entra por la izquierda y se acerca lentamente á él hasta tocarle en el hombro.)

## ESCENA XI.

ALBERTO, D. JUAN.

- JUAN. Alberto, Alberto...  
ALB. (Como despertando.) ¿Qué... quién?  
¿A qué turbar indiscreto  
la momentánea bonanza  
del mar de mi pensamiento!  
JUAN. Perdóne usted, mas la noche  
ha llegado...  
ALB. Y el silencio  
con extrañas armonías  
me presta dulces consuelos;  
quiero olvidar, y en la nada  
mi espíritu sumergiendo  
no sé qué calma dichosa  
me brinda dulce embeleso.  
JUAN. ¿Olvidar! Y la venganza

y el deshonor!

ALB. (Levantándose.) Cierto, cierto!  
Dormía en el paraíso  
y las voces del infierno  
me han despertado! ¿Y María  
y el traidor?

JUAN. Ahora los dejo  
en el jardín.

ALB. ¡Dios clemente!  
(Se dirige hacia la ventana y retrocede )  
¡No me atrevo... no me atrevo!  
Mirad... por esa ventana,  
aún me espanto del recuerdo,  
era una noche serena,  
como esta, el límpido cielo  
teñía la blanca luna  
con su pálido reflejo...  
juguetaban las brisas  
en los capullos abiertos,  
y las fuentes murmuraban  
sus misteriosos conceptos...  
y allá, perdido en la sombra,  
¡páreceme que aún los veo!  
el grupo amante se mueve  
y resuena el torpe beso!...  
¡Quizá abriendo esa ventana  
de nuevo el cuadro siniestro  
miren mis ojos... Veamos!

(Va á abrirla y retrocede de nuevo.)

¡Tengo miedo, tengo miedo!

JUAN. Valor!

ALB. ¡Ay, si usted sintiera  
el torcedor que aquí siento!

JUAN. Si estuvieran allí!...

ALB. ¡Oh!...

¡Allí los ví... por el cielo...  
Si fueran tan insensatos!...  
Bajad la luz... quiero verlo!

(Don Juan baja la luz del quinqué dejando casi á  
oscuras la habitacion; Alberto descorre con preci-  
pitacion las cortinas y abre la ventana de par  
en par.)

Que no comprendan... ¡Jesús!

(Se retira horrorizado de la ventana.)

JUAN. ¡Qué sucede?..

ALB. (Llevando frenético á D. Juan y haciéndole mirar por la ventana.)

¡Vedlos, vedlos!

¡Miserables... como entónces...

Abrazados! ¡Oís el beso!...

¡Maldicion!

JUAN. Matadles!

ALB. Sí...

morirán... estoy resuelto!

(Saca las pistolas, y dispara sucesivamente los dos tiros.)

¡Él! Ella! Los dos, los dos!

(Se retira de la ventana, prorumpiendo en una estridente carcajada, y viene á caer sobre la butaca, diciendo.)

¡Los he muerto, los he muerto!

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARÍA, por la derecha trayendo de la mano á la NIÑA; por la izquierda ENRIQUE. JUAN vuelve á dar luz al quinqué.

MARIA. Alberto!

ENR. ¡Gran Dios!

MARIA. ¡Qué ocurre?

JUAN. (Deteniéndoles.) ¡Silencio por Dios, silencio!

(Colócanse, María á la derecha, Enrique á la izquierda, la Niña de pié apoyada en las rodillas de su padre. Pausa breve.)

ALB. ¡Señor, qué horrible agonía,  
qué escena tan espantosa...  
muertos los dos! ¡Ah... mi esposa...

¡Tú... él... Enrique!... ¡Hija mia!

(Besa frenéticamente á la niña.)

MARIA. Sí, tu esposa que se afana  
por tu amor!

ENR. Que no olvidó!

ALB. ¡Entónces, qué he visto yo

á través de esa ventana?...  
¡Qué sospecha... me da espanto...  
Qué fatal revelacion!...  
Luégo entónces... mi razon?...  
¡Misericordia, Dios santo!

(Prorumpe en llanto desgarrador.)

MARIA. ¡Mirame, soy inocente!

JUAN. (Separándola de su lado.)

¡Callad, dejadle llorar,  
que ese llanto va á borrar  
las tinieblas de su mente!

ALB. ¡Qué es esto... ¡Esposa... hija mia!

JUAN. ¡Llegad!

(Las coloca á su lado. Alberto coge una mano de María y coloca la otra sobre la cabeza de su hija.)

ALB. ¡Qué rayo de luz

rasga el fúnebre capuz  
de mi existencia sombría?

MARIA. Alberto!...

NIÑA. Papá!...

ALB. ¡Las dos...

aquí, en mis brazos, que os vea!

JUAN. ¡Curó al fin!

MARIA. ¡Bendita sea

la omnipotencia de Dios!

TELON.

## ZARZUELAS.

Als lladres.....	1	D. Benito Monfort.....	Música
Arturo de Foncarrale.....	1	N. Coll.....	Libro.
Dos entre dos.....	1	Sres. Navarro y Rubio..	L. y M.
4 2 c. El San Antonio de Murillo—o. v	1	Sres. Macarro y Rubio ..	L. y M.
En el fondo del mar.....	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez.....	L. y M.
La carta de Elena.....	1	D. Julian Castellanos...	Libro.
Los tomadores del dos.....	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez.....	L. y M.
Mesa revuelta.....	1	Sres. M. Pina y Aceves.	L. y M.
Una conspiracion.....	1	D. Manuel Fernandez...	Música
Entre el Alcalde y el Rey.....	3	Emilio Arrieta.....	Música
Las nueve de la noche.....	3	J. Casares. ( <i>Mitad.</i> )..	Música
4 4 Compuesto y sin novia.....	3	M. Pina Dominguez..	L. y M.

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galeria las comedias en un acto *Cazar en su mismo soto*, *Deuda de sangre*, *El duende de pacacio*, *El festin de Baltasar*, *El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal* a de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas*; las zarzuelas *Arriba; abajo*, *El inválido*, *Fuego en guerrillas*, *Los dos caminos*, *Paz conugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos actos; y han entrado formar parté de ella, todas las obras del catálogo de D. José María Solés.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.